© Carlos Soria Galvarro
Febrero 2016

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez, Óscar de Pablo,
Jorge Belarmino Fernández y Ezra Alcázar.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

GUEVARA, HISTORIAS

Carlos Soria Galvarro

NOTA EDITORIAL

Aquí se recogen varios textos que se publicaron en el libro *Andares del Che en Bolivia* y que el autor ha cedido gratuitamente a la Brigada Para Leer en Libertad para esta edición. Soria Galvarro es quizá el hombre que más sabe sobre el paso de Ernesto *Che* Guevara por Bolivia en su última experiencia guerrillera y lo que aquí cuenta será sin duda un excelente complemento de otras lecturas. Para los interesados, sigan su nombre en la red y encontrarán una riquísima documentación sobre este momento histórico.

MI APROXIMACIÓN ÍNTIMA AL TEMA

Campidoglio, noviembre de 1998, en el encuentro "Lecturas sobre el Che" auspiciado por las bibliotecas de la Comuna de Roma, Italia.

Imagínense ustedes a un muchacho de poco más de 20 años, militante de la Juventud Comunista de Bolivia (JCB) desde que tenía 16, candoroso admirador del personaje de Ostrovski, Pavel Korchaguin, que se sabe muchas canciones de la guerra civil española, el *Bella ciao* de los guerrilleros italianos y *Por llanuras y montañas* de los soviéticos. Estudia Historia en la Universidad pero ya se considera un revolucionario profesional a tiempo completo.

En 1961, en la ciudad de Cochabamba, junto a otros muchachos arrojó globos con tinta roja en el consulado de España la noche que fusilaron a Julián García Grimau y huyó del lugar en bicicleta antes que llegara la policía.

En 1963-64 pasó con notas sobresalientes el curso anual completo de la *Tsentralnaya Komsomolskaya Shkola* (Escuela Central del Komsomol) de Moscú.

En 1966, pese a ser el de menor edad del grupo dirigente, fue elegido secretario general en el II Congreso de la JCB.

Ahora está en Camiri, la ciudad más próxima al campamento del *Che*. Es el mes de marzo de 1967 y fal-

tan menos de 15 días para el primer combate que da comienzo a las acciones armadas. Le acompaña Luis Abasto, joven minero despedido de Siglo XX, miembro de la dirección ampliada de la JCB a quien todos conocen con el apodo de "Sullu".

Están hospedados en la casa del dirigente local del PCB en Camiri, Israel Avilez, y esperan hacer un contacto con Coco Peredo, a quien aprecian y conocen desde varios años atrás.

Sólo ese muchacho sabe que un proyecto de foco guerrillero está siendo organizado en las inmediaciones y que han surgido discrepancias entre los operadores cubanos y la dirección del PCB. Abasto lo sabe también, pero en términos muchos más difusos e imprecisos. Avilez lo mismo sabe de los preparativos que le entusiasman, pero desconoce las discrepancias surgidas. Tres compañeros de la dirección de la JCB, a los cuales él estima entrañablemente, Antonio Jiménez, Aniceto Reinaga y Wálter Arancibia, este último también trabajador minero del legendario centro minero de Siglo XX, y condiscípulos de la escuela del Komsomol los dos primeros, están involucrados en el proyecto guerrillero, no se sabe si por decisión propia o por instrucciones del PCB. Monje había dicho que, por lo menos en el caso de Jiménez, él se hacía responsable de su permanencia en el campamento pues le habría dado instrucciones para que se quede.

El *Che* estaba desaparecido desde 1965 y podría estar entre los operadores cubanos del proyecto.

En la cabeza de aquel joven (que, ustedes ya se habrán dado cuenta, era yo) bullían muchas interrogan-

tes: ¿Será el *Che* el que comanda el grupo? ¿Será posible realizar una discusión política con los compañeros de la JCB ya incorporados? ¿Podría convencerlos de que por disciplina partidaria salgan del campamento ... o, a la inversa, ellos convencerán a su secretario general de quedarse a luchar con ellos? ¿Qué tan verdaderas serán las diferencias que impidieron un acuerdo con los guerrilleros, como informó Mario Monje en la reunión del Comité Central, a la que asistimos con Loyola Guzmán y Ramiro Barrenechea como “invitados”, sólo con derecho a voz?

Todas esas preguntas y otras que inquietaban a aquel muchacho quedaron sin respuesta. Las acciones se desencadenaron antes de tiempo, él y su compañero tuvieron que salir de Camiri en forma precipitada ante el riesgo de ser apresados.

Con esa versión anecdótica quisiera hoy comenzar mi reflexión sobre el tema que nos reúne. Como lo dije en el prólogo al primer tomo de mis trabajos de investigación documental sobre el *Che*, de alguna manera me siento un sobreviviente de aquella época en la que muchos miembros de nuestra generación nos sentíamos en disposición de entregar la vida por la revolución.

Hace poco, en una presentación televisiva el entrevistador quería que yo le confirmara que los de esa generación de los años sesenta y setenta hacíamos apología de la muerte y estábamos dispuestos a matar, es decir, a eliminar al otro, para hacer avanzar nuestros propósitos. En verdad, poco había pensado en ello,

pero les puedo asegurar que era al revés, amábamos la vida, queríamos transformar la realidad, queríamos un mundo más humano, donde reinara la solidaridad, la libertad y la justicia. Y para ello estábamos dispuestos a entregar nuestras propias vidas.

Puedo asegurarles también que ése era el modo de pensar de los jóvenes que acompañaban al *Che*, a muchos de los cuales conocí estrechamente como personas de alta calidad humana. Los meses que siguieron a esta estrambótica presencia nuestra en Camiri intentando tomar contacto con la guerrilla, es decir de marzo a octubre de 1967, pasaron como un torbellino. El PCB fue declarado fuera de la ley y comenzó una fuerte persecución a sus cuadros dirigentes y fue silenciada su prensa. Las relaciones entre el PCB y el naciente núcleo urbano de la guerrilla eran confusas y complicadas. Los dirigentes de entonces, y por supuesto no solamente Mario Monje, hacían cálculos, simulaciones y maniobras. Puedo suponer que pensaban más o menos así: si la guerrilla se consolida y avanza victoriosa, estamos con ella o somos parte de ella; si fracasa, nos lavamos las manos. Nosotros dijimos que ése no era el camino. Supuestamente el PCB mantenía su propia línea, que era diferente y contraria al foco guerrillero, pero a la vez declaró su solidaridad con la guerrilla, solidaridad que en cierto momento los jóvenes de entonces llegamos a pensar que no podía ser solamente lírica, a pesar de las diferencias que teníamos con lo que vino a llamarse foquismo. Su solidaridad debía tra-

ducirse en hechos, sobre todo después de que el gobierno aplastara sangrientamente a los trabajadores mineros en la masacre de San Juan, el amanecer del 24 de junio de ese año, y después de que se confirmara la caída de Antonio Jiménez en el mes de agosto. Tal cual podrán imaginarlo, teníamos vacilaciones y amargas desgarraduras, verdaderas crisis de conciencia, como el propio *Che* dejó escrito en su diario cuando advirtió lo que significaba, estando con él, asumir una posición diferente a la del partido en el cual militábamos. ¿Cuál era nuestro deber de revolucionarios? ¿Cómo mantener la fidelidad al partido en el que nos habíamos educado y al que nos sentíamos vitalmente unidos y a la vez acudir a la trinchera que ocupaban nuestros compañeros, equivocadamente como se nos decía, pero realmente como nosotros la sentíamos?

A mediados de septiembre, Ramiro Barrenechea y yo, los dos dirigentes que quedábamos del núcleo de cinco elegidos por el Comité Nacional del II Congreso, pues Loyola, Antonio y Aniceto habían sido ya separados en el mes de febrero, decidimos incorporarnos a la guerrilla para dar testimonio de nuestra decisión personal de combatir en el único frente que en ese momento resistía de hecho al gobierno dictatorial. Tomamos esa decisión sin abandonar nuestros puntos de vista críticos, sin dejar de ser opuestos a la teoría del foco. El contacto fue imposible, Loyola había sido detenida por esos días y el final llegó a las pocas semanas en La Higuera.

Ésa es mi aproximación personal a los hechos de aquel tiempo.

Pasados los años, desde las filas del PCB luchamos por el esclarecimiento histórico de los hechos, exigimos que se explicara de manera transparente ante el pueblo boliviano y ante el mundo entero la actuación de los dirigentes que habían marcado al PCB con el estigma de Judas. Este propósito no se cumplió, por el pertinaz y sistemático silencio que revelaba la intención, creemos que todavía vigente, de arreglar las cuentas con la historia de manera administrativa, al mejor estilo burocrático. Como también por la instauración de gobiernos dictatoriales en Bolivia que, como es obvio, relegaban estos temas de la agenda de preocupaciones partidarias y eliminaban cualquier posibilidad de discusiones democráticas internas.

Hace más de diez años (1985), de todas maneras, rompimos el vínculo orgánico con el PCB, luego de un cuarto de siglo de militancia permanente, y emprendimos un trabajo de recuperación y difusión documental que prosigue hasta hoy y que todavía no ha llegado a la fase de reflexiones e interpretaciones como hubiéramos querido.

IDAS Y VENIDAS DE SU DIARIO DE CAMPAÑA

(En colaboración con Beatriz Mena Fernández)

El 10 de octubre de 1967 Joaquín Zenteno Anaya, comandante de la VIII División del Ejército boliviano, ante una multitud de asombrados periodistas, exhibió en Vallegrande una parte del diario de campaña del comandante Ernesto *Che* Guevara, mientras su cadáver aún fresco era mostrado en la lavandería del hospital local. Nadie entonces podía imaginar el increíble destino que le esperaba a ese documento desde entonces hasta su edición facsimilar por el Ministerio de Culturas de Bolivia (2009) y su colocación en Internet (2012), tanto en formato de imagen como en edición digital transcrita (www.chebolivia.org).

Presentándolo como botín de guerra, Zenteno leyó apenas algunos trozos y dijo que su contenido reflejaba la amargura del jefe guerrillero e incluía revelaciones sumamente comprometedoras para diversos personajes y países. Desde esos instantes se desató una creciente y natural curiosidad, especialmente entre los medios periodísticos, por conocerlo en su totalidad.

Las Fuerzas Armadas de Bolivia anunciaron que el *Diario del Che* y los demás documentos incautados eran un secreto de Estado y que no se permitiría a nadie el acceso a ellos. Sin embargo, las filtraciones proliferaron, entre otras causas, porque se buscaba evidencias para que el tribunal militar que funcionaba en la ciudad

Guevara, historias de Camiri incriminara a varios prisioneros, entre los que sobresalían Regis Debray y Ciro Roberto Bustos. Si bien estos no tenían calidad de combatientes, estaban vinculados con la guerrilla del *Che* y se habían convertido en una especie de chivos expiatorios en un aparatoso tinglado judicial montado al efecto.

En forma paralela, quisieron sacarle rédito económico negociando con editoriales extranjeras su publicación. Dijeron gráficamente que no era posible ofrecer una mercadería sin mostrarla. Por ello, periodistas sospechosos de vinculaciones con la CIA, entre ellos Juan de Onís, de *The New York Times*, y Andrew Saint George, tuvieron el privilegio de revisar durante varios días los originales en las oficinas del gran cuartel de Miraflores con el compromiso verbal de no publicar nada hasta no tener cerrado el negocio. Sin embargo, al parecer Saint George obtuvo copias de la mayor parte del documento e intentó una negociación por su cuenta con varias empresas editoriales, entre ellas la estadounidense Mac Graw Hill, que finalmente decidió no asumir la responsabilidad de una edición fraudulenta y más bien hizo gestiones discretas en Cuba para obtener autorización de los familiares del *Che* para una eventual publicación.

El representante de Stein and Day, Thomas H. Lipscomb, también intentó obtener los derechos, pero sin mayor éxito en esos momentos.

Por otra parte, para la CIA el diario no era un secreto. Los agentes suyos que actuaron en la campaña antiguerrillera lo conocían al dedillo. Ya en la localidad de La Higuera, horas antes del asesinato del *Che*, el agente

Félix Rodríguez había fotografiado una a una todas sus páginas, a la luz del día y en las narices del coronel Zen-teno Anaya. Todo indica que esas copias, al igual que otros documentos capturados a la guerrilla y material grabado en los interrogatorios, fueron enviados de inmediato a Estados Unidos.

La negociación con las editoriales que pugnaban por adquirir los derechos de la edición del diario hizo subir las ofertas, según comentarios de la época, hasta casi medio millón de dólares.

En esas condiciones, la posibilidad de que el contenido del documento se desliara al conocimiento público era cada vez mayor, ya que las copias circulaban como “boletines”. Una de ellas “tomada de la que le fue entregada al ministro de Gobierno de entonces, Antonio Arguedas” llegó a manos de Fidel Castro, al decir de él “sin mediar remuneración alguna”. El diario fue publicado en Cuba el 1 de julio de 1968 precedido de una “Introducción necesaria” del líder cubano. Casi simultáneamente apareció en grandes tirajes en diversos países e idiomas. En Estados Unidos, en acuerdo con las autoridades cubanas, lo dio a conocer la editorial Ramparts. Curiosamente, unas semanas más tarde lo publicó también Stein and Day con su propia traducción y incluyendo listas de combatientes, fotografías, documentos y los diarios de tres guerrilleros cubanos (Pombo, Rolando y Braulio). Estos “otros” diarios, retraducidos al castellano “sin ser cotejados con los manuscritos originales” circularon muchos años por América Latina como si fueran auténticos. Por otra parte, nunca fue desmentida la

Guevara, historias insistente versión de que la edición de Stein and Day, dirigida por Daniel James, fue preparada y financiada por la propia CIA.

A nueve días de su publicación inicial en Cuba, ante el estupor y la inicial incredulidad de los jefes militares, fue lanzado también al público boliviano como suplemento del matutino católico *Presencia* con un tiraje récord, difícilmente superado hasta hoy en Bolivia: 130 mil ejemplares impresos en una sola jornada. Al día siguiente hizo lo propio el diario *Los Tiempos* de Cochabamba con similar éxito.

¿Qué había sucedido? ¿Cómo fue posible que a penas ocho meses después de la derrota guerrillera, Cuba se apuntara un éxito tan resonante?

Responder tales preguntas y recapitular las repercusiones políticas que se produjeron en Bolivia demandaría cientos de páginas. A casi medio siglo de los sucesos, todavía se discuten algunos detalles, circulan versiones diferentes sobre ciertos puntos, hay aspectos fantásticos como sacados de una imaginativa novela de espionaje, y todavía algunos cabos sueltos.

Pensando sobre todo en los lectores contemporáneos, que entonces no habían nacido todavía o eran muy tiernos, se ensaya enseguida una puntualización resumida de los hechos, no sin antes recalcar que el individuo clave de esta historia es Antonio Arguedas Mendieta, abogado, capitán de servicios de la Fuerza Aérea, Ministro de Gobierno y amigo personal de René Barrientos Ortuño, dos veces presidente de Bolivia entre noviembre de 1964 y abril de 1969.

UN PERSONAJE INSÓLITO, POR DECIR LO MENOS

No hay evidencias de que haya estado entre los fundadores del Partido Comunista de Bolivia (PCB), como él mismo alguna vez sostuvo. Pero es seguro que militaba en el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), del que salieron muchos de los que fundaron el PCB en 1950.

Siendo radio-operador de la Fuerza Aérea, por aquellos años Arguedas era militante o simpatizante activo del PCB y cumplía eventualmente tareas de distribución del periódico *Unidad* por los canales aéreos a su alcance.

Paralelamente estudiaba Derecho en la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) y se dice que desde esa época las prácticas conjuntas de andinismo contribuyeron a estrechar su amistad con el oficial de aviación, futuro presidente boliviano. Ambos eran muy aficionados a escalar montañas.

Ya abogado y capitán de servicios de la Fuerza Aérea, fue elegido diputado en las elecciones de 1964 por el sector “barrientista” del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Este partido había estado en el gobierno desde la revolución de abril de 1952 y en esta ocasión contra viento y marea postuló por tercera vez a Víctor Paz Estenssoro, aunque debido a diversas presiones internas y externas, llevó a la vicepresidencia a un locuaz ejemplar castrense: René Barrientos Ortuño.

Antes de cumplir tres meses de posesionado, como era previsible, Paz Estenssoro fue derrocado por

Guevara, historias
su vicepresidente. Antonio Arguedas fue designado Subsecretario del Ministerio de Gobierno de la Junta Militar presidida por Barrientos. La CIA expresó su disgusto por este nombramiento pues consideraba a Arguedas un “marxista encubierto”.

El coronel Edward Fox, agregado aeronáutico de la embajada de los Estados Unidos en La Paz, considerado el artífice del ascenso de Barrientos al poder, en visita al despacho de Arguedas, habría amenazado con drásticas sanciones al país si permanecía en el cargo. Al hombre no le quedó más remedio que renunciar. Pero a los 20 días el mismo Fox le habría dicho que el asunto podía arreglarse si estaba dispuesto a entenderse con Larry Sternfield, jefe de la estación de la CIA en Bolivia.

Sternfield propuso a Arguedas viajar a Lima, escoltado por Nicolás Leondiris, donde varios especialistas estadounidenses lo interrogaron durante cuatro días, incluso con detector electrónico de mentiras y pentotal, la llamada “droga de la verdad”. Habría pasado con éxito todas las pruebas. Inmediatamente después reasumió el cargo de subsecretario, lo invitaron a visitar Estados Unidos y comenzaron a tratarlo como “ministeriable”. Efectivamente, el 6 de agosto de 1966, Antonio Arguedas fue nombrado ministro de Gobierno en el gabinete del presidente Barrientos, “constitucionalizado” mediante las elecciones del 3 de julio de ese año. Varios agentes de la CIA de origen cubano ingresaron a trabajar en su despacho como asesores. Para su disgusto, hacían y deshacían en el Ministerio, inclusive sobrepasando su autoridad.

Como Ministro de Gobierno durante todo el tiempo que ejerció el cargo (hasta el 19 de julio de 1968), Arguedas comandaba con eficiencia y celo los operativos de represión contra dirigentes sindicales y estudiantiles, intelectuales, líderes opositores y miembros de la red urbana de apoyo a la guerrilla. Como ministro clave de un presidente con tendencias autoritarias, era todo menos un contemporizador. Funcionaron en ese período campos de confinamiento de opositores políticos en lugares malsanos como Alto Madidi, Ixiamas, Puerto Pekín, Puerto Rico y, entre otros crímenes, se lo acusa del asesinato y desaparición del dirigente minero de Siglo XX, Isaac Camacho. Todavía el 20 de abril de 1968, cuando faltaban sólo tres meses para su espectacular huida a Chile, Arguedas ocupó las primeras planas de los periódicos al denunciar el desmantelamiento total de las redes de enlaces que actuaron, “antes, durante y después de la intentona guerrillera” y que “evidencian ampliamente la injerencia de Fidel Castro en la asonada guerrillera que fracasó en Bolivia”. En conferencia de prensa mostró al capturado Julio Dagnino Pacheco (Sánchez), el principal enlace del Ejército de Liberación Nacional (ELN) del Perú. Lo que nadie podía imaginar entonces era que para esas fechas Arguedas ya había mandado a Cuba copias fotostáticas del diario del *Che*, a través de su amigo y correligionario de las épocas del PIR, Víctor Zannier Valenzuela.

Desde las revelaciones efectuadas en diciembre de 1995 para el diario *Presencia* de La Paz, se sabe a ciencia cierta que, en esos primeros meses de 1968, Ar-

guedas le entregó a Víctor Zannier las copias fotostáticas del diario del *Che* y de algunos otros documentos. Éste las llevó a Chile, donde a su vez las entregó a los periodistas de la revista *Punto Final*, quienes las hicieron llegar a Cuba. En otras oportunidades, Arguedas había sostenido la versión de que hizo el envío por correo el 14 de junio de ese año, molesto por los chantajes de que habría sido objeto por parte de los agentes de la CIA el día de su cumpleaños, 13 de junio. Años después el periodista chileno Hernán Uribe en el libro *Operación Tía Victoria* (Editorial Villacaña, México, 1987), relata con pelos y señales el operativo, mencionando a Zannier sólo con el apelativo de “El Mensajero”, el enviado de Arguedas para la entrega de las copias fotostáticas, ocurrida entre fines de febrero y comienzos de marzo de 1968. Las diferencias entre la versión de Zannier y la de Uribe son mínimas. Por algunas semanas no coinciden exactamente las fechas. Además, según Uribe, Zannier estuvo en Santiago dos veces, la primera a fines de enero, para anunciar el asunto ante la obvia incredulidad de los chilenos y otra, un mes después, con los documentos microfilmados en la mano, metidos en la tapa de un disco de música boliviana. Zannier no habla del primer viaje, dice que Arguedas le entregó las copias entre marzo o abril y afirma que eran seis discos y no solamente uno, pero confirma que entregó el material al equipo de periodistas de *Punto Final*. Uribe cuenta que el jefe de redacción de la revista, Mario Díaz Barrientos, partió de México a La Habana aproximadamente el 15 de marzo llevando los microfilms en las tapas de un disco, esta vez de música chilena.

Las revelaciones de *Presencia* en 1995 no hicieron sino confirmar lo que muchísima gente ya sabía. En octubre de 1994, a tiempo de recapitular el libro *Operación Tía Victoria*, la edición ordinaria de la revista *Punto Final* publicó el artículo de Javier Martínez “El Diario del Che y su conexión en Chile”, en el que se reveló por primera vez el nombre de “El Mensajero”: Víctor Zannier, quien es citado tres veces como el enviado de Arguedas, seguramente considerando que con el paso de los años ya no tenía sentido seguir ocultando su identidad.

Algún tiempo después de esa publicación se consultó con Zannier la posibilidad de una entrevista periodística para revelar en Bolivia lo que en Chile ya era público y notorio. Él se negó aduciendo el estrecho ambiente aldeano de Cochabamba, donde media ciudad lo conocía, y que su tranquilidad sería alterada si su nombre aparecía vinculado al tema. Dijo también que había hecho conocer a Manuel Piñeiro (Barbarroja), el principal operador de los servicios secretos cubanos para América Latina, las inexactitudes, exageraciones y autobombos de la versión de los chilenos. Añadió que Piñeiro, en tono jocoso, le había dicho que no era conveniente reabrir por esa cuestión las heridas de la Guerra del Pacífico, entre bolivianos y chilenos. Cuando por fin Zannier accedió a dar una entrevista a Eduardo Ascarrunz, en momentos en que comenzaba la búsqueda de los restos del Che en Vallegrande (diciembre de 1995), lo hizo todavía sin dar su nombre y ocultando su rostro en la fotografía (Suplemento de *Presencia*, “El Che desentierra la historia”, del 9 de diciembre de 1995). Una semana

después, al reeditar el suplemento en cuestión, *Presencia* pudo levantar el secreto, revelar el nombre y apellido y mostrar abiertamente la cara de “El Mensajero”.

Arguedas nunca negó haber sido él quien hizo llegar a Fidel Castro las copias del diario. Lo que no dijo sino hasta ese año es que la persona que lo transportó hasta Santiago fue Víctor Zannier. Cubrió las espaldas de su amigo sosteniendo sistemáticamente que había utilizado el correo a través de una dirección en Europa, encontrada en una libreta capturada a los guerrilleros. Pero, unas veces dijo que esa dirección era de París y otras de Frankfurt. Presionado por los interrogatorios de la policía chilena y los agentes de la CIA a su arribo a Santiago, llegó a decir que “permitió que el diario de campaña del *Che* llegara a ciertas manos para su entrega a Cuba”. No reveló de quién eran esas manos. Sólo 28 años después dijo que eran las de Víctor Zannier Valenzuela, dirigente universitario en sus años mozos, ex director del periódico *El Mundo* de Cochabamba, funcionario público eventual, amigo de políticos y militares, empresario de proyectos fantasiosos, frecuentador infaltable de las tertulias de café en la ciudad del valle y cultor de quién sabe cuantos oficios más.

La noticia de que el primero de julio de 1968 se publicaría en Cuba y en otros países el *Diario del Che* y el consiguiente impacto mundial provocó un gran revuelo político en Bolivia. Las primeras reacciones del presidente Barrientos tendieron a restarle autenticidad. Dijo que se trataba de un diario ficticio, falsificado y apócrifo.

El general Juan José Torres, entonces jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas y la persona encarga-

da de las negociaciones con las editoriales extranjeras, con una gran dosis de ingenuidad, consideró que era una maniobra sensacionalista de Fidel Castro. Reiteró que tal publicación era apócrifa pues “en ningún momento se concedió derecho alguno para su publicidad, ni dentro ni fuera del país, pese a numerosas ofertas”. Pero, por si acaso, aseveró que en caso de establecerse similitudes “se procederá a una investigación inmediata y severa para determinar la forma en que los cubanos obtuvieron las fotocopias”.

Barrientos volvió a la carga insinuando la posibilidad de que, con el conocimiento de algunas páginas publicadas en la prensa y la ayuda de Pombo, se habría fabricado un “Diario del *Che*” en La Habana. En febrero de ese año, Pombo había retornado a Cuba junto con los otros dos sobrevivientes, Urbano y Benigno. Oportuno y sagaz, como siempre, Fidel Castro compareció ante la televisión cubana el 3 de julio, ridiculizó a los militares bolivianos, reafirmó la absoluta certeza en la autenticidad del diario, y desafió a las autoridades bolivianas a permitir que se cotejen los originales con la publicación. Ofreció para ello entregar fotocopias a cualquier periodista que quisiera ir a Bolivia con esa intención.

La temperatura volvió a subir unos días más tarde, cuando aparecieron las mencionadas publicaciones de *Presencia* y *Los Tiempos* (9 y 10 de julio). Las dudas estaban completamente despejadas. La publicada en Cuba era la versión auténtica del *Diario del Che* en Bolivia, con la sola falta de unas pocas páginas, como lo explica Fidel Castro en su famosa “Introducción necesaria”.

Las trece fechas ausentes eran: 4, 5, 8 y 9 de enero; 8 y 9 de febrero; 14 de marzo; 4 y 5 de abril; 9 y 10 de junio; 4 y 5 de julio. A los tres días de la impactante presentación del diario en Bolivia, *Presencia* publicó esas páginas faltantes, tomando como fuente la radio "Nueva América", dirigida por Raúl Salmón. Al parecer Ricardo Aneiba, funcionario del Ministerio comisionado por Arguedas para microfilmear las fotocopias, habría omitido estas páginas, según él no deliberadamente, sino por el apuro y por las circunstancias en que se realizó el trabajo.

Los jefes militares bolivianos no hablaron más de que el diario fuera apócrifo, sino de cómo pudo llegar a Cuba, justamente en momentos en que estaban a punto de cerrar el trato con alguna empresa estadounidense para hacer un millonario negocio editorial y quizá embarcarse en un plan para alterar sutilmente el contenido del manuscrito con fines de propaganda anticomunista. Hay indicios de esto último, pues se "filtraron" en la prensa algunas frases atribuidas al *Che* que después no aparecen ni en el diario ni en ninguna otra documentación de la guerrilla.

Como quiera que sea, quemado el pan en la puerta del horno, se desató un rosario de intrigas y suspicacias en las cúpulas militares. Todos desconfiaban de todos.

Iniciada la investigación, poco a poco el círculo se fue cerrando en torno al ministro de Gobierno, Amonio Arguedas. Entre otros indicios, al parecer las hojas faltantes fueron la evidencia de que la copia publicada por Cuba era la que estaba en su poder.

El escándalo estalló el 19 de julio y fue de tal magnitud que hizo tambalear al gobierno de Barrientos en

las semanas siguientes, tanto por la tremenda agitación político-social desencadenada, como por un intento del diputado Marcelo Quiroga Santa Cruz de entablar un juicio de responsabilidades a Barrientos, denunciando la injerencia brutal de la CIA en los asuntos internos del país. Barrientos ordenó a su dócil mayoría parlamentaria el desafuero de los diputados Quiroga Santa Cruz y José Ortiz Mercado. Por “iniciativas a la inobservancia de la Constitución” los envió al confinamiento y desató una aguda persecución contra todos los opositores, al amparo del estado de sitio.

Ese 19 de julio, al sentirse descubierto y temiendo que la CIA le tendiera una celada, Arguedas tomó un *jeep* por la noche y acompañado de su hermano Jaime, alcanzó la frontera chilena en la localidad de Colchani, donde pidió asilo político. Ni siquiera tuvo el tiempo ni la delicadeza de presentar una carta de renuncia a su alto cargo.

Comenzó así una extravagante *pulseada* con la CIA, que quería silenciarlo de cualquier manera, pues Arguedas amenazaba con denunciar todo lo que sabía sobre las actividades del espionaje estadounidense no sólo en Bolivia, sino en varios países latinoamericanos. Según se dijo, se manejaron amenazas, chantajes e incluso la posibilidad de su eliminación física. Las autoridades chilenas, violando la tradición democrática del derecho de asilo, lo tuvieron virtualmente secuestrado e incomunicado, presionándolo al unísono con los agentes estadounidenses. Finalmente, seis días después, le concedieron asilo pero a condición de abandonar el país de

inmediato. Escoltado otra vez, como cuando el interrogatorio en Lima, por el agente de la CIA, Nick Leondiris y por el agente policial chileno Óscar Pizarra Barrios, Arguedas partió de Chile hacia Inglaterra vía Buenos Aires y Madrid. En todas partes era asediado por los periodistas y también por funcionarios diplomáticos cubanos que reclamaban por su seguridad y le ofrecían asilo político en la isla. Ya en Londres, diplomáticos y parlamentarios británicos se movilizaron aumentando la notoriedad del caso y haciendo cada vez más difícil cualquier atentado que pusiera en riesgo su vida. Se dijo también que Arguedas negociaba con la CIA, haciendo algunas concesiones, como la de no revelar ciertos nombres claves del espionaje y también la entrega de las grabaciones en las que el sargento Mario Terán relataba la forma en la que el *Che* fue asesinado.

De Londres partió a Nueva York el 2 de agosto y cinco días después estaba en Lima, anunciando su regreso a Bolivia para el sábado 17 de ese mes. Como en todas partes, a su paso por la capital peruana, también levantó una densa polvareda.

Su regreso a Bolivia no fue menos accidentado. Barrientos autorizó su retorno y adoptó una actitud en cierto modo benevolente que se explicaría, no sólo por la amistad que los unía, sino por la enorme cantidad de información que Arguedas poseía sobre los vínculos del presidente con Estados Unidos, sobre sus maniobras políticas para encumbrarse en el mando del país y sobre los sórdidos vericuetos de su vida personal.

La conferencia de prensa que ofrecía en el aeropuerto de El Alto fue abruptamente interrumpida. Ante

la protesta generalizada de los periodistas, autorizaron su continuación en el Ministerio de Gobierno, en el mismo despacho que él había ocupado hasta un mes antes. Lo que dijo sustancialmente es que se había cansado de ser una simple ficha en manos de la CIA y que jamás había negado su condición de marxista de izquierda nacional y que la entrega del diario del *Che* fue un gesto de rebeldía y dignidad. Fue puesto inmediatamente en prisión.

A los pocos días el parlamento se declaró incompetente para juzgarlo y fue encausado en un tribunal militar, el mismo que al parecer tampoco tenía atribuciones para hacerlo, menos aún por los cargos de infidencia y traición a la patria.

Arguedas basó su defensa en el sólido argumento de que el diario del *Che* no era un secreto militar y que además desde el momento mismo de su hallazgo había sido traspasado a una potencia foránea, Estados Unidos, y que, como era sabido por todos, se trataba de comercializarlo para su publicación por editoriales extranjeras. Afirmó que la copia que estaba en su poder le había sido entregada por la CIA y no por los organismos militares bolivianos. Además, como lo había hecho a lo largo de su increíble viaje, reiteró conceptos de soberanía nacional, dignidad personal, amistad y solidaridad con Cuba, y oposición radical al imperialismo yanqui.

El 20 de noviembre, el tribunal militar finalmente aprobó una declinatoria de jurisdicción en el caso y Arguedas fue remitido a la justicia ordinaria. Un mes después obtuvo su libertad provisional pagando una fianza de cerca de siete mil dólares. En total estuvo bajo encierro policial 96 días.

Una vez en libertad, desplegó una intensa actividad periodística desde las columnas del vespertino *Jornada*, dirigido entonces por el poeta y periodista Jorge Suárez. Se decía que Arguedas era accionista de ese periódico.

Pero el retorno a la tranquilidad era aparente. El 8 de mayo de 1969 estalló una poderosa carga de dinamita en un domicilio que había abandonado días antes. Arguedas denunció que recibía amenazas si continuaba proporcionando detalles de las actividades de la CIA.

Por último, el 7 de junio de ese año, a la salida de las oficinas de *Jornada*, cuando descendía por la calle Socabaya de La Paz a la altura del Hotel Torino, desde un automóvil en marcha le dispararon una ráfaga de ametralladora, provocándole heridas de consideración. Salvó la vida casi de milagro, según se comentó gracias a su agilidad física, pues habría advertido la agresión en el último segundo y alcanzó a dar un espectacular salto estilo pescado. Desde la clínica donde fue internado solicitó asilo político en México y de allí, poco tiempo después, pasó a Cuba, donde radicó por más de siete años.

También en diciembre de 1995 se aclaró finalmente el asunto de las manos amputadas y la mascarilla de yeso que se le tomó al *Che* en Vallegrande. Antonio Arguedas relató que las había guardado, pero luego del atentado, seguramente temiendo por su vida, llamó nuevamente a "El Mensajero" Víctor Zannier hasta la clínica y le dio instrucciones para desenterrar los objetos de un lugar preciso de su casa y hacer con ellos lo que mejor le pareciese.

Zannier cuenta que luego de cavilaciones y dudas, decidió entregarlos a Jorge Sattori, entonces uno de

los dirigentes del PCB (Sattori perdió la vida en el accidente ¿o atentado? aéreo del que el único sobreviviente fue Jaime Paz Zamora, en 1980). Juan Coronel Quiroga afirma que estuvo presente en el momento en que Zannier entregó el paquete en un café de la avenida 16 de julio de La Paz. Coronel es un ex militante del PCB, también frustrado estudiante de leyes, periodista y escritor ocasional, oficiante de trabajos mil, dueño de una privilegiada memoria para los números y para las estadísticas deportivas.

Durante varios meses, el envoltorio se guardó celosamente en el domicilio de Jorge Sattori. Luego de muchas dubitaciones y preparativos, éste y Juan Coronel decidieron que el segundo era la persona más indicada para llevar el frasco con las manos y la mascarilla mortuoria hasta Moscú, pues el bloqueo a Cuba hacía inseguro o casi imposible llegar directamente a la isla. El operativo, que contó con el apoyo de funcionarios diplomáticos de Hungría, se cumplió a fines de 1969. De Moscú a La Habana, el transporte lo hizo el propio Zannier, quien había viajado por separado hasta la capital rusa.

Los relatos tanto de Arguedas como de Zannier y Coronel son en lo fundamental coincidentes, excepto que Zannier supone que quienes hicieron el transporte desde La Paz hasta Moscú fueron diplomáticos húngaros. La suposición parece infundada, pues quienes conocen a Juan Coronel afirman que no tiene ninguna razón para inventar esta historia, más aún si varios de sus amigos la conocían desde que ocurrieron los hechos y mantuvieron el compromiso de no hacerla pública sin su autorización.

Otro detalle curioso. En 1971, en la euforia de la Asamblea Popular, considerada un germen de poder popular organizado por los sindicatos y la izquierda radicalizada de Bolivia, una comisión especialmente designada por esa instancia viajó a Cuba con la misión de entrevistar a Arguedas y obtener de él toda la información posible sobre las actividades de la CIA.

Filemón Escóbar y Óscar Eid Franco (entonces dirigente minero el uno y universitario el otro) fueron los comisionados. Retornaron a Bolivia con un voluminoso legajo, producto de la transcripción de varias horas de conversación con el ex ministro de Gobierno. Supuestamente esto permitiría desenmascarar a muchas personas, incluso dirigentes sindicales y estudiantiles, que habían trabajado como informantes de la CIA. Tal documento, del que es de suponer existen registro y copias en Cuba, no llegó a prestar ninguna utilidad en Bolivia, pues a los pocos días se produjo el golpe de Estado que terminó con la propia Asamblea y con el gobierno progresista de Juan José Torres.

Al anochecer del 21 de agosto de 1971, cuando la heroica pero caótica resistencia popular en La Paz contra el golpe de Estado de Hugo Banzer se extinguía en la Plaza del Estadio y en la colina de Laikakota, el legajo en cuestión permanecía sobre uno de los escritorios de la COB, en la sede de la Federación de Mineros en El Prado. Se ignora la suerte que corrió horas después, cuando triunfaron los golpistas y comenzó la cacería de izquierdistas y sindicalistas.

Años después de su retorno a Bolivia, Antonio Arguedas fue vinculado a confusas acciones ilegales, pre-

suntos secuestros y extorsiones. Pasó algunos meses en la cárcel. Luego vivió como cualquier apacible retirado, por lo general rehuyendo la publicidad, hasta que algunos años después los organismos de seguridad le atribuyeron extraños atentados dinamiteros a nombre de una supuesta organización clandestina denominada Triple C (“comando contra la corrupción y el castrismo”).

Vaya sorpresa. El 22 de febrero del año 2000 Arguedas encontró una muerte atroz en la Plaza Roma del barrio paceño de Obrajes, cuando una bomba de alto poder le explotó en las manos. Las autoridades policiales nunca esclarecieron el suceso, sugiriendo la posibilidad de que el artefacto era manipulado por el propio Arguedas y que hubiera explotado por error.

¿Accidente? ¿Suicidio? ¿Asesinato por ajuste de cuentas? La verdad parece aún muy lejana.

Al igual que su horrible muerte, la actuación pública de Arguedas, como pudo verse por este breve recuento, se presta para todo tipo de especulaciones. ¿Fue siempre un marxista convencido, de tendencia nacionalista como se proclamó, y reaccionó por dignidad ante los atropellos de la CIA? ¿Fue un agente doble que entregó el diario del *Che* a Fidel Castro por encargo de la propia CIA, como todavía algunos suponen? ¿Se trataba acaso de una persona desequilibrada, contradictoria y poco consciente de sus actos? El tema exige todavía más investigaciones, ojalá antes que el tiempo termine por borrar todas las huellas.

Perdida la posibilidad de realizar un pingüe negocio editorial, quedaba en las esferas castrenses boliviana-

Guevara, historias nas por lo menos el consuelo de conservar los originales del diario del *Che* como trofeo bélico, celosamente guardado en una caja fuerte del Departamento II del Ejército, cuyos responsables lo entregaban por rutina a sus sucesores en el cargo durante el inventario de rigor.

El documento servía únicamente como testimonio moral del éxito obtenido por las Fuerzas Armadas en la liquidación del foco guerrillero.

Mediante Decreto Supremo N° 08165, del 6 de diciembre de 1967, y para facilitar las negociaciones para su publicación en el exterior, el gobierno había asignado oficialmente al Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas “la propiedad de la documentación, pertrechos capturados que se encontraron en la zona guerrillera, pudiendo aquel Comando ejercitar los derechos inherentes a esa protección”.

Más de dos decenas de jefes militares, entre ellos dos futuros presidentes, Hugo Banzer y David Padilla, tuvieron a su cargo el cuidado del documento en los años siguientes cuando ejercían la jefatura de la sección de Inteligencia.

De ahí que las investigaciones fueron sumamente engorrosas cuando a fines de mayo de 1984 se supo públicamente que los originales del diario del *Che*, junto con los del guerrillero cubano Harry Villegas Tamayo (Pombo) y otros papeles, no estaban más en poder de las Fuerzas Armadas.

¿Qué pasó? En realidad, la desaparición había sido advertida en una inspección de rutina realizada el 15 de diciembre de 1983 en las instalaciones del Depar-

tamento II del Ejército, pero no fue anunciada. El secreto tuvo que ser roto cuando la embajada boliviana en la capital británica comunicó a la cancillería que, el 28 de marzo de 1984, la Galería Sotheby's había publicado un aviso en el *Daily Telegraph* anunciando que el 16 de julio de aquel año los documentos originales autografiados del *Che* y Pombo serían rematados sobre la base de 350 mil dólares. El periodista boliviano Humberto Vacaflor, residente entonces en Londres, fue convocado a verificar la autenticidad de la documentación, logró tener acceso a ella, obtuvo varias fotografías y tomó apuntes que le permitieron escribir una serie de notas para la prensa.

Un nuevo escándalo militar había comenzado a agitar el ambiente noticioso boliviano. Al revisar los periódicos de esos años, el comienzo del juicio al ex dictador Luis García Meza en la ciudad de Sucre, sede de la Corte Suprema de Justicia, más el asunto del robo de los diarios del *Che* y Pombo, son los temas predominantes en la información periodística de fuentes castrenses.

Sobre el tema de los diarios invariablemente todos los ministros de Defensa y altos jefes militares dijeron, a su turno, que las investigaciones "estaban en curso" y que "próximamente" se conocerían los resultados.

Primero se habló de una "comisión reservada" que estaría realizando las pesquisas y "en cuestión de días" daría a conocer los nombres de los autores del robo. Posteriormente, se anunció que el asunto pasaba a manos del Tribunal Permanente de Justicia Militar (TPJM). A continuación los obrados pasaron al Tribunal Supremo de Justicia Militar (TSJM).

Del TSJM, por fallas procedimentales, volvieron al TPJM y de éste nuevamente a la instancia superior, mientras transcurrían los meses y por lo menos dos decenas de oficiales pasaban por los “sumarios informativos”. La justicia militar boliviana aparecía así más enrevesada que la justicia ordinaria, lo que ya es mucho decir.

Por fin, después de tantas idas y venidas, y luego de la autorización correspondiente del Comando en Jefe, se inició el proceso contra el general retirado Raúl Ramallo Velarde, el mayor Luis Landa Schille y el ex sargento Raúl Solano Medina. Esto ocurrió el 2 de junio de 1987, es decir, a tres años de destapado el escándalo.

Lo extraño es que estas tres personas fueron enjuiciadas cuando todos los indicios se orientaban hacia García Meza, como el principal autor de la sustracción.

En efecto, el 9 de julio 1985, el diario *Hoy* publicó copias de las cartas intercambiadas a fines de 1980 y comienzos de 1981, entre el presidente de facto Luis García Meza y un personaje ítalo-argentino radicado en el Brasil, de nombre Erick Galantieri, quien dada la gestión judicial interpuesta ante la Corte británica por los representantes diplomáticos bolivianos para impedir el remate de los documentos, tuvo que declararse “propietario” de los mismos, exhibiendo para ello las cartas que le envió García Meza.

Los jueces militares no dieron crédito a estos documentos sino dos años más tarde, cuando vinieron avaladas por el ministro de Relaciones Exteriores, Guillermo Bedregal, quien, a su vez, se apoyó en los informes oficiales de la embajada de Bolivia en Londres.

Según afirmaciones periodísticas, esta reticencia de los jueces militares buscaba hasta el último minuto evitar el enjuiciamiento de García Meza. El general Ramallo, principal encausado, manifestó en reiteradas ocasiones que se lo pretendía convertir en “cabeza de turco” y alegaba su inocencia basado en el hecho de que él no estuvo al mando del Departamento II en el período en el que desaparecieron los papeles guerrilleros.

El 22 de septiembre, el TSJM, sobre la base de los informes de la Cancillería, tuvo que archivar obrados y dejar sin efecto el encausamiento de Ramallo, Landa y Solano. Pero, de todas formas, se declaró incompetente para enjuiciar a un “ex presidente” y, por consiguiente, entregó la pelota nuevamente al Comando en Jefe.

Entretanto, los abogados de la parte civil en el juicio de responsabilidad a García Meza, en Sucre, pidieron al parlamento boliviano que decidiera incorporar el caso del robo de los diarios del *Che* y Pombo al voluminoso expediente de los cargos formulados contra el ex militar.

De este modo, se abrió el segundo juicio de responsabilidad. Mediante Resolución Acusatoria del Congreso Nacional expedida el 12 de enero de 1989, se remitaron los obrados a la Corte Suprema de Justicia librandos los correspondientes mandamientos de detención formal contra tres acusados: Luis García Meza, Erick Galantieri y Raúl Solano Medina. Sólo este último compareció ante la Corte. Los otros dos fueron declarados rebeldes y contumaces a la ley. Galantieri, sin domicilio ni país de residencia conocidos, nunca pudo ser hallado. Y García Meza, arraigado en Sucre desde el comienzo del

juicio, tuvo que interrumpir sus jornadas hípicas y sus frecuentes reuniones sociales y, abandonando la arrogancia de la que hacía gala, se hizo polvo. Vivió clandestino hasta que fue capturado seis años después en San Pablo, Brasil, cuando la sentencia en su contra ya había sido dictada en rebeldía.

Solano fue declarado inocente y sostuvo una querrela con el Estado pidiendo el resarcimiento de daños y perjuicios. A Galantieri le dieron seis años de condena que hipotéticamente debiera cumplir previo un trámite de extradición o si alguna vez se le ocurre poner los pies en Bolivia. A García Meza le dieron, por el robo de los diarios, una parte de los 157 años de reclusión que en total acumuló en los nueve grupos de delitos de los dos juicios de responsabilidad. Las leyes bolivianas absorben los delitos menores dentro de los mayores y en total quedaron fusionados en la pena máxima de 30 años a la que fue sentenciado el ex dictador.

Luis García Meza comenzó a cumplir su condena en la prisión de alta seguridad de Chonchocoro, en pleno altiplano boliviano, desde marzo de 1995.

Con un gasto de cerca de 30 mil dólares, por pago de fianzas y honorarios de abogados, la embajada boliviana en Londres obtuvo, primero, la suspensión del remate y luego, la devolución de los documentos robados por García Meza. Galantieri, actuando siempre a través de apoderados, pues nunca dio la cara, terminó levantando las manos. Quizá todavía esté buscando la fórmula para hacerse devolver el dinero que le adelantó a García Meza para el frustrado negocio.

Los históricos papeles regresaron a Bolivia. Fueron dejados en custodia por el Ministerio de Relaciones Exteriores en el Banco Central, el 16 de septiembre de 1986.

En lo que seguramente puede considerarse el sitio más seguro del país, tras innumerables puertas metálicas erizadas de guardias armados, y un descenso de como 15 metros por elevadores especiales que desembocan en nuevas rejas metálicas que se abren sólo al conjuro de claves conocidas por muy pocos, se hallan las bóvedas del Banco Central de Bolivia, el lugar donde se guardan las reservas de oro físico, el dinero nuevo que todavía no está en circulación y otros preciados bienes del país. En una sección especial de gavetas metálicas numeradas se guardan libros incunables, tratados, documentos originales de la época de la fundación de la República y otro tipo de objetos de alto valor. En la gaveta marcada "A-73" y dentro de un sobre sellado, firmado y lacrado, están los documentos en cuestión, quién sabe si esperando un mejor destino en un repositorio de documentación histórica que reúna las condiciones adecuadas para su mejor conservación.

Desde que fueron depositados allí, según constaba en las actas de esos años, la gaveta y el sobre fueron abiertos en muy pocas ocasiones. La primera vez en 1993, cuando el cineasta suizo Richard Dindo solicitó autorización para tomar imágenes para su film documental *El Diario del Che en Bolivia*. Después, en 1996 en dos oportunidades, cuando se nos autorizó tomar fotografías para la serie de recopilación documental *El Che*

Guevara, historias en Bolivia (primera edición de CEDOIN) y para el suplemento especial a nuestro cargo: “Tras las huellas del *Che* en Bolivia”, publicado por el diario *La Razón* y CEDOIN, mismo que después fue volcado al formato de libro con el título *Campaña del Che en Bolivia* (La Paz, 1997).

Según el acta, el material consta de:

1. “Libreta color rojo que contiene primera parte del Diario del *Che*”: (07.11.66-31.12.66), incluyendo además comunicados radiales, en total 99 hojas. Se trata en realidad de un cuaderno rayado con anillado metálico y tapas de cartulina color rojo ladrillo. En la tapa anterior con letras de imprenta alguien escribió (posiblemente Gary Prado o Miguel Ayoroa): 08 Oct. 67.- Encontrado dentro su mochila DIARIO DEL 7 NOV al 31 Oct. 67. Reverso.- Proclamas, informativos y mensajes (Debería decir al 31 Dic. 66, C. S.G)

2. Agenda color guinda del año 1967, que contiene la segunda parte del Diario del “*Che*”: (01.01.67- 0710. 67) numeradas del N° 1 al 210, escritas hasta la hoja No. 151, entre las hojas No. 202 y 204 existen comentarios bibliográficos. Es la conocida agenda médica alemana de tapas de plástico que contiene la mayor parte del Diario del *Che* en Bolivia, desde el 1 de enero, hasta el día anterior a su captura.

3. “Hojas sueltas numeradas del 2 al 23 con apuntes del ‘*Che*’ sobre sus compañeros”.

Se trata de uno de los documentos del *Che* del cual sólo se conocían algunos fragmentos o frases sueltas publicadas en diferentes oportunidades, hasta su publicación íntegra en el mencionado suplemento de *La Razón*

de octubre de 1996 recogido también en el Volumen 2 de la serie de *El Che en Bolivia* (“Los otros diarios y papeles”. La Paz, 2005).

Estos papeles autografiados del *Che*, se puede decir en general que estaban en buen estado de conservación y totalmente legibles, como puede apreciarse por la edición facsimilar. Se nota, sí, que el papel se ha ido tornando con el tiempo algo transparente y la agenda alemana se hallaba desencajada de su encuadernación. Aunque ésta es la primera vez que se conoce en imagen la totalidad del diario boliviano del *Che*, nunca nadie ha puesto en duda la autenticidad de ninguna de sus páginas, a partir de la primera edición del Instituto Cubano del Libro de 1968. Lo mismo que de las 13 páginas faltantes publicadas por el diario *Presencia* de La Paz el 12 de julio de ese mismo año, recogidas después en todas las ediciones posteriores.

4. “Libreta color verde oscuro con Diario del Pombo”: numeradas del No. 1 al 104, (14.0766- 29.05.67), escritas hasta la hoja No. 82, además incluye cuatro notas marginales y dos fotografías de la esposa y del hijo de Pombo.

Este material presentaba mayores signos de deterioro, especialmente por la oxidación de la parte metálica donde están los aros de la libreta. Al margen de ello, el texto es tanto o más legible que el del *Che* por tratarse de una letra más llana.

El manuscrito original de Pombo (Harry Villegas Tamayo), había permanecido inédito en castellano hasta su publicación en octubre de 1996 en el mencionado

Guevara, historias suplemento de *La Razón* y CEDOIN (ver volumen 2 de la serie “El Che en Bolivia”). Su publicación en inglés por Stein and Day en 1968, en una traducción de cuestionable fidelidad, dio lugar a re-traducciones al castellano menos confiables aún, que circularon en varios países latinoamericanos, incluida la versión publicada por el periódico *El Diario* de La Paz ese mismo año. Por otra parte, el propio Pombo publicó el libro *Un hombre en la guerrilla del Che: diario y testimonio inéditos* (La Habana, 1996), al parecer basado en una copia mecanografiada incluida en el legajo de microfilms enviados por Arguedas y en las mencionadas re-traducciones. Sin embargo, ese nuevo texto de Pombo contiene tantas adiciones, supresiones y enmiendas que lo hacen bastante distinto al manuscrito original.

LOS LIBROS DEL *CHE*

Dada mi dedicación al tema y luego de laboriosas gestiones, rodeado de estricta seguridad y levantando un acta notarial especial, logré acceso a esta documentación en dos oportunidades, de allí obtuve, entre otras, fotografías de las cinco páginas de la bibliografía que el *Che* manejaba.

Se trata primero de una lista general de 49 títulos con sus autores contenidos en dos páginas, sin orden alguno. Luego, en tres páginas seguidas, otros 60 títulos más, repartidos mes tras mes, desde noviembre de 1966, cuando llegó a Bolivia, hasta septiembre de 1967, el último antes de su muerte.

¿Esta segunda lista muestra los libros ya leídos o que el *Che* se proponía leer en el mes respectivo? Esto no está muy claro. Sin embargo, llama la atención el número desigual de títulos anotados, mientras en el primer mes hay 26, en junio no hay ninguno y en el último hay apenas uno; la tendencia a la disminución podría indicar el empeoramiento de las dramáticas condiciones en las que se movía la guerrilla en los postreros días de su existencia.

Pedimos a José Roberto Arze, miembro de las academias bolivianas de la Historia y de la Lengua, uno de los bibliógrafos más destacados de Bolivia, que comentara esta lista de libros de la agenda del *Che* e intentara agruparlos temáticamente. Esto es lo que él nos presentó en un notable artículo publicado hace algunos años:

Filosofía, doctrina y ciencia. En esta materia aparecen desde los filósofos presocráticos (la *Antología* de Gaos y García Bacca) y la *Lógica* de Aristóteles, hasta los clásicos modernos como Hegel y Croce. En este capítulo y, en general, en lo que podríamos llamar la parte teórica de su ideología, ocupan lugar importante los libros de Marx, Engels, Lenin, Stalin, Trotsky y sobre ellos; y diversos libros de análisis y exégesis (Rosemal y otros). Hay también algo sobre su profesión, la medicina; y algo sobre física.

Temas político-militares universales. Se hallan, entre otras obras, *El príncipe* y las *Obras políticas* de Maquiavelo; las *Memorias* de Churchill, Montgomery y De Gaulle; una biografía de este último por Ashcroft; la *Historia del colonialismo* de Arnoult.

Temas americanos. Figuran *El pensamiento vivo de Bolívar*, de Blanco-Fombona; obras clásicas de la americanística, en particular las de Paul Rivet (*Los orígenes del hombre americano*) y Alcide d'Orbigny (de alcance americano aunque vital para el conocimiento de Bolivia), y no pocos estudios históricos y biográficos sobre Tupac Amaru, Pancho Villa, y ensayos sobre determinados países, especialmente la Argentina.

Temas bolivianos. La parte más abundante de las referencias se relacionan con Bolivia. Incluye obras de antropología (un libro sobre "costumbres aymaras"), sociología (el libro de Jorge Ovando, *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*), etnohistoria (*La cultura de los incas*, de Jesús Lara), historia y temática política económica y militar (libros de Alberto Gutiérrez sobre la guerra del

Pacífico; de Ricardo Anaya sobre las minas; de Sergio Almaraz sobre el petróleo; la compilación de programas políticos de Mario Rolón Anaya; los dos tomos de la *Historia económica de Bolivia*, de Luis Peñaloza), *El dictador suicida* de Augusto Céspedes y muchas obras de ficción a las que nos referiremos a continuación. El aliento guerrillero se halla en diversos textos y particularmente en el libro sobre las “republicuetas” bolivianas de la independencia, extractada de una obra mayor de Bartolomé Mitre.

Literatura de ficción. La llamada “ficción” tiene su papel fundamental. Esto puede confirmarse en la lista del *Che*, donde junto a los citados pensadores, exégetas, historiadores y ensayistas, aparecen autores clásicos de la literatura universal (como Stendhal, Dostoievski) y modernos (como Graham Greene, Faulkner, Hikmet); española (Valle Inclán, García Lorca), hispano-americana (Rubén Darío) y especialmente boliviana (Nataniel Aguirre, Alcides Arguedas, Fernando Ramírez Velarde, Armando Chirveches, Óscar Cerruto y antología del cuento). No pudo olvidar el *Che* su raíz argentina y tenía en sus manos un libro de Arlt, uno de los grandes costumbristas de aquel país.

Finalmente, en la parte de **obras instrumentales**, figuran algunos diccionarios (como el de sociología de Fairchild), *Historia de la filosofía* (Dyinnik), un repertorio estadístico sobre la población indígena boliviana (de Pando Gutiérrez), etc.

A continuación la lista completa tomada fielmente de las mencionadas cinco páginas (se ha colocado un signo de interrogación en corchetes cuando

Guevara, historias se presentaron dudas u observaciones en el proceso de transcripción):

La historia como hazaña de la libertad - B. Croce

P. Rivet - *Los orígenes del hombre americano*

Memorias de guerra - general De Gaulle

Memorias. Churchill

Fenomenología del espíritu - Hegel

Le neveu de Rameau - Diderot

La revolución permanente - Trotsky

Nuestros banqueros en Bolivia - Margarita Alexander Marsh

El lazarillo de ciegos caminantes - Concolocorvo

Descripción de Bolivia - La Paz 1946

El hombre americano - A. d'Orbigny Futuro, Buenos Aires

Viaje a la América meridional - Buenos Aires

El pensamiento vivo de Bolívar - Fombona Ed. Lozada, Bs. As.

Aluvión de fuego - Óscar Cerruto, Ercilla, 1935

El dictador suicida - Augusto Céspedes, Pacífico, Chile, 1956

La guerra de 1879 - Alberto Gutiérrez

El Iténez salvaje - La Paz 1957 (Luis Leigue Castedo)

Tupac Amaru el rebelde - Boleslao Lewin, Claridad, 1949

El indoamericanismo y el problema social en las Américas - Alejandro Lipschutz, Chile 1944

Internacionalismo y nacionalismo

Sobre el proyecto de constitución de la R. P. China. Liu Shao Chi

Informe de la misión conjunta de las Naciones Unidas y organismos especializados para el estudio de los problemas de las poblaciones indígenas andinas- O.I.T. Ginebra 1953

Monografía estadística de la población indígena de Bolivia
- Jorge Pando Gutiérrez. Oruro, 1954

Historia económica de Bolivia - Luis Peñalosa. La Paz, 1953

Socavones de angustia - Fernando Ramírez Velarde. Cochabamba

La cuestión nacional y el leninismo [Stalin]

El marxismo y el problema nacional y colonial- Stalin

Petróleo en Bolivia [Sergio Almaraz] Edit. Juventud Buri-
llo, La Paz, 1958

Historia del colonialismo - J. Arnault. Edit. Futuro. Bs.
As. 1960

Teoría general del estado - Carré de Malberg. F.C.E. Mé-
xico, 1958

Diccionario de sociología - Fairchild Pratt. F.C.E. Méxi-
co, 1963

Heráclito, exposición y fragmentos - Luis Forie [?] Edit
Aguilar, Bs.As. 1959

El materialismo histórico en F. Engels.- R. Mondolfo. E. Rai-
gal, Bs. As. 1956

Nacionalismo y socialismo en A. Latina Q. Wail[?] E.
Prensa Latinoamericana. S. de Chile

Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel
- Marx

Ludwig Feurbach y el fin de la filosofía clásica alemana
- Engels

El desarrollo del capitalismo en Rusia - Lenin

Materialismo y empiriocriticismo - Lenin.

Guevara, historias

Acerca de algunas particularidades del desarrollo histórico del marxismo - Lenin

Cuadernos filosóficos - Lenin

Cuestiones de leninismo - Stalin

La ciencia de la historia - John D. Bernal. U.N.A.M. M. 1959

Lógica - Aristóteles

Antología filosófica (La filosofía griega) - José Gaos. El Colegio de México, 1940

Fragmentos filosóficos de los presocráticos - García Bacca. El Colegio de México, U.C. de Caracas

De la naturaleza de las cosas - Tito Lucrecio Caro. Espasa Calpe, 1946

El filósofo autodidacto - Abuchafar Abentofail. Austral, Bs. As. 1941

De la causa, principio y uno - Giordano Bruno. Bs. As. 1941

El Príncipe, Obras políticas - Maquiavelo. El Ateneo. Bs. As. 1952

El embajador - Morris West

Orient Express - Graham Greene

En la ciudad - William Faulkner

La legión de los condenados - Sven Hassel

Romancero Gitano - García Lorca

Cantos de vida y esperanza - Rubén Darío

La lámpara maravillosa - Del Valle Inclán

El pensamiento de los profetas - Israel I. Matuck

Raza de bronce - Alcides Arguedas

Misiones secretas - Otto Scorzeny

El cuento boliviano - Selección

- La Cartuja de Parma* - Stendal [sic]
La física del siglo XX - Jordan
La vida es linda, hermano - N. Hikmet
Humillados y ofendidos - F. Dostoyevski
El proceso de Nuremberg -. J. J. Heydeker y J. Leeb
La candidatura de Rojas - Armando Chirveches
Tiempo arriba - Alfredo Gravina
Memorias - Mariscal Montgomery
La guerra de las republiquetas - Bartolomé Mitre
Los marxistas - C. Wright Mills
La villa imperial de Potosí - Brocha Gorda (Julio Lucas Jaimés)
Pancho Villa - I. Lavretski
La Luftwaffe - Cajus Bekker
La organización política - C. D. H. Cole
De Gaulle - Edward Ashcroft
La nueva clase - Milovan Djilas
La insurrección de Tupac Amaru - Boleslao Lewin
Socavones de Angustia - Fernando Ramírez Velarde
El joven Hegel y los problemas de la sociedad capitalista - G. Lukaks
Juan de la Rosa - Nataniel Rodríguez [sic, por Aguirre]
Dialéctica de la naturaleza - Engels
Historia de la revolución rusa I - Trotsky
Idioma nativo y analfabetismo - Gualberto Pedrazas J.
La economía argentina - Aldo Ferrer.
En torno a la práctica - Mao Tse Tung
Categorías de materialismo dialéctico - Rosental y Staks [sic]
Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia - Jorge Ovan-
do

Fundamentos biológicos de la cirugía - Clínicas Quirúrgicas de Norteamérica

Política y partidos en Bolivia - Mario Rolón Anaya

La compuerta N° 12 y otros cuentos - B. Lillo

Aguafuertes porteños. Roberto Artl

Costumbres y curiosidades de los aymaras = M. L. Valda de J. Freire

Las 60 familias norteamericanas = Ferdinand Lundberg

Historia económica de Bolivia I - Luis Peñaloza

La psicología en las fuerzas armadas = Charles Chardenois
[?]

La sociedad primitiva - Lewis H. Margan

Historia de la revolución rusa II - Trotsky

Historia de la Filosofía I - Dynnik

Historia Económica de Bolivia II - Luis Peñaloza *Elogio de la Locura* - Erasmo

Breve historia de la revolución mexicana I. II. - Jesús Silva Hertzog.

Anestesia - Clínicas Quirúrgicas de Norteamérica

La cultura de los Inkas - Jesús Lara

Todos los fuegos el fuego - Julio Cortazar

Revolución en la Revolución - Régis Debray

Del acto al pensamiento - Henri Wallon

Fuerzas secretas - F. O. Miksche

Son 110 títulos consignados en las cinco páginas. En las dos primeras hay una lista de 51 títulos, el resto casi dividido por meses desde su llegada, excepto junio, y hay 3 títulos repetidos en una y otra lista. Del total, 22 son específicamente literarios, tres de ellos de poesía. De auto-

res bolivianos o referidos a Bolivia son 22. De Argentina también hay algunos, en los que sobresale *La guerra de las republiquetas* de Bartolomé Mitre, referido precisamente a las guerrillas que lucharon en el Alto Perú (hoy Bolivia), integrante del Virreinato de Buenos Aires, durante la Guerra de la Independencia.

Lo probable es que, como se ha dicho antes, esta lista sea sobre los libros que él leía o buscaba leer en medio de los combates. Prueba de ello son la gran cantidad de citas que copiaba a mano en sus cuadernos y libretas, lo mismo que poesías de diversos autores. Por ejemplo, entre los papeles capturados en su mochila y que hoy se conservan en el archivo de las Fuerzas Armadas de Bolivia, junto a la copia manuscrita de tres poemas de Rubén Darío (“Salutación del optimista”, “Marcha Triunfal” y el muy sugestivo “Letanía por nuestro señor Don Quijote”), hay más de 100 fichas con citas bibliográficas, algunas bastante extensas, de 15 autores diferentes: Wright Mills, Rosa Luxemburgo, Lenin, Trotsky Stalin, Franz Borkenau, Mao Tse Tung, Georgy Lukács, Lason, Rozenkranz, Marx, Engels, Fidel Castro, Rosental y Straks, Dynnik y Jorge Ovando, el único autor boliviano del que el *Che* tomó una cita referida al proceso de reforma agraria (*Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*, Ed. Canelas, Cochabamba 1961).

Llama la atención que algunos de los autores citados, de los cuales el *Che* anotó fragmentos textuales, no figuran en la lista general ni en la lista diferenciada por meses. Por tanto, estas listas incompletas no eran el registro de toda la biblioteca guerrillera. No es creíble que el *Che*

Guevara, historias hubiese llevado o mandado llevar fichas bibliográficas confeccionadas con anticipación.

Casi una quinta parte de este listado es de contenido literario. La poesía está representada por el español García Lorca, el nicaragüense Ruben Darío y el turco Nazim Hikmet.

Haciendo una somera revisión de estas citas puede deducirse que las preocupaciones intelectuales del *Che*, en las terribles condiciones de sobrevivencia en las que se desenvolvía la guerrilla, giraban fundamentalmente en torno a los temas del poder, la revolución y la construcción socialista (de ahí la recurrencia a Trotsky, Lenin, Stalin y otros) y, en no menor medida, los temas filosóficos que, al parecer, lo inquietaban desde su más tierna juventud, por eso recurre a Lukács (*El joven Hegel y los problemas de la sociedad capitalista*), a Engels (*Dialéctica de la naturaleza*), a Rosental y Straks (*Categorías del materialismo dialéctico*) y a Dynnik (*Historia de la filosofía*).

Valga la oportunidad para señalar que estas notas bibliográficas del *Che* ya no son inéditas, se publicaron en italiano, pues salieron en copias subrepticias del archivo militar boliviano y Feltrinelli las publicó en mayo de 1998, con el título *Ernesto Che Guevara antes de morir, apuntes y notas de lectura (Ernesto Che Guevara prima di morire, appunti e note di lettura, Milán, 1998)*. En el inventario aparentemente minucioso de papeles y objetos que se hallaron en la mochila del *Che* figuran cinco libros: *Crítica de la economía política*, de Karl Marx; *Ensayos sobre las teorías del capitalismo contemporáneo*, de S. R. Vigotsky; *Ils arrivent*, de Paul Carrell (en francés); *Geometría analí-*

Carlos Soria Galvarro
tica, de Philips e, *Historia económica de Bolivia*, de Luis Pe-
ñaloza. Sólo este último libro figura en las listas comen-
tadas antes, esto refuerza la idea que ellas no eran un
catálogo completo de los libros de la guerrilla.

A diferencia de todos los papeles comprometidos que se conservan celosamente, los libros como tales han desaparecido, lo más probable, como trofeos de guerra. Al parecer nunca llegaron al archivo castrense, salvo el famoso libro de Regis Debray, *Revolución en la revolución*, que lleva algunas notas al margen de puño y letra del *Che*. Por ello no es posible completar datos bibliográficos, lugar y fecha de edición, número de páginas, etc.

LA HISTORIA DE "PACO"

José Castillo Chávez nació en Challapata, departamento de Oruro, en 1937. De familia humilde, trabajaba en diversos oficios, particularmente carpintería y tapicería; estudiaba cuando podía y militaba esporádicamente en la organización juvenil del Partido Comunista de Bolivia (PCB). A los 24 años, con el alias de "Paco", dijo haber ingresado a la guerrilla confusamente, porque le hablaron de preparación para la lucha armada e incluso de la posibilidad de viajar a Cuba o a la Unión Soviética; afirmó que no se le dijo que entraba a combatir.

Fue reclutado en Oruro por Raúl Quispaya, un joven dirigente comunista de profesión sastre, alineado con la fracción pro china, pero desencantado precozmente del liderazgo de Motete Zamora. Sin cambiar su nombre, Raúl se incorporó a la guerrilla y murió en la acción de Morocos el 30 de julio de 1967. Castillo dice que desde la escisión del PCB, en 1965, él había quedado neutral, no militaba en ninguna de las dos fracciones pero mantenía contacto con Quispaya y otros partidarios de la línea "dura" a través de los cuales se conectó con Moisés Guevara, ex dirigente minero de Huanuni.

A comienzos de agosto de 1996, Amalia Barrón, directora del diario *Presencia* me pidió que dialogara con él. Éste es el resumen apretado de la conversación publicada entonces.

—Yo era pobre, quería mejorar la situación económica de las clases oprimidas, consideraba injusto al

sistema dominante. El PC sólo hacía salarrialismo, no se planteaba seriamente la toma del poder. Cuando llegué a Ñancahuazú, yo no tenía ninguna preparación guerrillera y sufrí el cambio violento de las condiciones. Yo estaba de acuerdo con la lucha armada, pero desconocía completamente la presencia del *Che* y otros cubanos; me sorprendió la organización avanzada del campamento. Paco llegó a la “casa de calamina” en Ñancahuazú, el 17 de febrero de 1967, en medio de un grupo caótico de reclutas reunidos por Moisés Guevara. Dos de ellos, Vicente Rocabado y Pastor Barrera, desertaron a las tres semanas, se entregaron a la policía y hablaron todo lo que sabían. Paco pasó al campamento central y recibió su dotación de guerrillero, incluido un viejo fusil Mauser. Dice que manifestaba sus dudas, quería aclararlas, se sentía resentido porque no se le había dicho la verdad y, lo más grave, sufría horriblemente por el clima, la mala alimentación, el cansancio físico de las “góndolas” que le ordenaban hacer transportando vituallas.

Terminó pidiendo su baja, quería irse. Le dijeron que esperara, que Ramón (el *Che*) tomaría una decisión a su retorno de la expedición al norte.

— ¿Por qué no se fue? ¿Podía irse?

— Si hubiese querido irme, tal vez lo habría hecho, no era nada difícil.

— Pero, si lo atrapaban, lo habrían fusilado. ¿No fue con esa intención que salieron a buscar a los dos desertores?

— No creo. Hubiera habido un proceso, posiblemente se hubieran defendido, hubieran explicado sus

razones. Además, la guerrilla todavía no había comenzado, ellos y yo mismo no estábamos aún formalmente incorporados, tal vez se nos hubiera facilitado la salida. Régis Debray, el argentino (Ciro Roberto) Bustos, el peruano Chino (Juan Pablo Chang Navarro), tampoco eran combatientes, eran visitantes, lo mismo que Tania. Ella no vino a incorporarse, pero fue detectada y se vio obligada a permanecer adentro.

— ¿Usted quería quedarse o se arrepentía de haber ido?

— Me sentía inseguro, no entendía lo que estaba pasando. Todo me resultaba extraño. Yo me sentía muy mal, tanto física como anímicamente, estaba muy enfermo y maltratado por los mosquitos y las “niguas” en los pies. Por órdenes de Marcos (el comandante cubano Antonio Sánchez Díaz), trabajábamos día y noche cargando las armas, alimentos y equipos, desde el campamento central hasta el otro campamento que llamábamos del “Oso”; yo no estaba acostumbrado al monte y a tanto esfuerzo. Cuando el *Che* llegó, se puso enojadísimo al escuchar el informe, reprendió a Marcos y dio sus contraórdenes. Varios de nosotros esperábamos la decisión del *Che* para quedarnos o irnos. Por ejemplo, Chingolo era un muchacho muy tierno, tenía pánico cuando sobrevolaban los aviones, se me abrazaba, yo le decía “cálmate, ya te van a sacar”. Los primeros momentos había cosas más importantes y el *Che* no se ocupó de nosotros. Después me hizo llamar y le dije “estoy enfermo, no estoy preparado para esto, yo quisiera irme”. “Entonces, ¿a qué has venido?, ¿no será que te estás acobardando?”

me dijo. “Francamente, le contesté, yo no sirvo para esto, me canso mucho, yo no sabía que éstas eran las condiciones.” “Bueno, me dijo, te vas a ir cuando haya una oportunidad.” Después lo mandó a Julio (Mario Gutiérrez Ardaya) para que hablara conmigo, a él le volví a explicar mis razones.

En su anotación del 25 de marzo, a dos días del primer choque con el Ejército, el *Che* consigna en su diario la decisión de licenciar a “Paco”, “Pepe”, “Chingolo” y “Eusebio”, grupo que denominó “la resaca”.

Pepe era Julio Velasco Montaña, minero de San José. Desertó y fue fusilado por el Ejército el 23 de mayo. Eusebio (Eusebio Tapia Aruni) y Chingolo (Hugo Choque Silva) desertaron o se extraviaron dos meses después y fueron capturados en las cercanías de Monteagudo el 22 de julio. Tapia cuando se hizo la entrevista vivía en El Alto trabajando como carpintero, luego de haber sido durante muchos años dirigente de los campesinos colonizadores; dice que fue Chingolo quien guió a las tropas hacia las cuevas estratégicas que dejaron al *Che* totalmente desprovisto de medicinas y otros abastecimientos; él no conocía la ubicación de las cuevas porque ni bien ingresó a la guerrilla marchó al norte en la exploración que dirigió el *Che*. Chingolo, puesto en libertad por su colaboración con el Ejército, desapareció de la escena sin dejar rastros visibles.

De la “resaca”, el único que permaneció hasta el final fue Paco. Con el duro andar guerrillero dice que había terminado venciendo sus limitaciones físicas y se integraba paulatinamente cumpliendo todo tipo de mi-

Guevara, historias
siones. Joaquín, el comandante cubano Juan Vitalio Acuña Núñez, le había prometido que cuando se encontraran con el *Che* abogarían por él para que fuera readmitido como combatiente.

No hubo tal encuentro. Todo el grupo, menos Paco, cayó el 31 de agosto de 1967.

El futuro general Mario Vargas Salinas en aquella ocasión fue ascendido de capitán a mayor y recibió el apodo de “León de Masicurí” por la acción que pasó a la historia como Vado del Yeso, el exterminio de la retaguardia del *Che*. Ahí cayeron en total ocho guerrilleros: Moisés (Moisés Guevara Rodríguez); Wálter (Wálter Arancibia Ayala, ex minero de Siglo XX); Polo (Apolinar Aquino Quispe, ex obrero fabril de la Figliossi, nacido en Viacha); Ernesto (Fredy Maymura, flamante médico beniano graduado en Cuba); los cubanos Braulio (Israel Reyes Zayas), Alejandro (Gustavo Machín Hoed de Beche) y Joaquín (tenía el grado de comandante, era miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba), y Tania (la argentino-alemana Tamara Bunke Bider), cuyo cadáver fue hallado en una playa del río algunos días más tarde.

Paco fue hecho prisionero y hubo un solitario fugitivo: Negro (el médico peruano Restituto José Cabrera Flores). Negro fue capturado tres días después en Palmarcito por efectivos de la Cuarta División de Camiri, mandada por Luis Reque Terán. Vargas Salinas pertenecía a la Octava División, con asiento en Santa Cruz, al mando de Joaquín Zenteno Anaya. Ambas divisiones se disputaron a Negro: el propio Vargas Salinas creía que

éste había caído en la emboscada y su cadáver arrastrado por el río. Después se supo que el hombre, probablemente zambulléndose, eludió el ataque, caminó solo por el bosque e intentaba llegar al río Ñacahuasú cuando fue aprehendido y rematado por soldados de la Compañía Toledo. “Vestía uniforme verdeolivo; llevaba cinturón de lona con dos cargadores de carabina con 16 cartuchos y 5 de 7.65 mm., un encendedor, un cortauñas, dos zapallos, cuatro limones y fruta de monte”, relató un testigo presencial en versión recogida por el investigador militar Diego Martínez Estévez.

La emboscada se reportó como ocurrida en el Vado del Yeso. Pero el vado de ese nombre está sobre el río Masicurí y no sobre el río Grande, que es donde realmente ocurrió la acción, a decir de Paco y de las propias fuentes militares. El lugar se llama Vado de Puerto Mauricio y no Vado del Yeso. Los nombres se habrían cambiado para hacer recaer el suceso en la jurisdicción de la Octava y no de la Cuarta División del Ejército.

¡Cosas de militares!

El hecho es que el campesino Honorato Rojas, quien tenía su choza o “pahuichi” a orillas del río Grande, llevó al grupo íntegro a la emboscada tendida por la fracción militar de Mario Vargas Salinas, compuesta por 41 hombres. Según varios testimonios coincidentes, sintiéndose entre dos fuegos, presionado por ambos bandos, Honorato intentó huir con su familia, pero fue capturado y poco menos que obligado a llevar a los guerrilleros al matadero. El 14 de julio de 1969, casi dos años después, Honorato fue asesinado por un comando

Guevara, historias del Ejército de Liberación Nacional (ELN). Le dieron dos disparos en la cabeza mientras dormía con sus hijos en una pequeña finca que le habían regalado en Guabirá como recompensa, poco tiempo después de asimilarlo al escalafón de servicios de las Fuerzas Armadas.

¿Por qué pidieron ayuda a Honorato Rojas si antes habían vadeado el río Grande sin la ayuda de él?, le preguntamos a Paco.

—Contactamos con Honorato, a quien ya lo habían conocido cuando la expedición de febrero, sobre todo porque necesitábamos alimentos. Joaquín conversó largamente con Honorato y se confió demasiado, quizá porque él también era de origen campesino. En realidad, creyó que lo había convencido para dejar a su cargo a Tania y Alejandro, que estaban muy enfermos. Teníamos que dejarlos en una aguada y Honorato les haría llegar alimentos y medicinas; por eso nos llevó hasta el vado. Todo era un engaño.

—¿Cómo se salvó usted de morir en la emboscada?

—Braulio encabezaba la marcha, cruzó el río y todos le seguimos en fila. Detrás de todos iba Joaquín ayudando a Tania. Cuando todos estábamos dentro del agua, comenzó el tiroteo. Sentí las balas a mi alrededor. Escuché que Tania decía un ¡ay! y caía al agua, mientras flotaba vi a Joaquín que caminaba herido en la orilla tratando de escapar, me protegí detrás de unas rocas y vi pasar los cadáveres de Walter Arancibia y Moisés Guevara. Dispararon de atrás y me hirieron en el brazo primero y luego en el hombro. Cuando grité que esta-

ba herido, dejaron de disparar y me tomaron prisionero, junto con Ernesto, Fredy Maymura.

— ¿Qué pasó con él?

— Primero creyeron que era cubano porque se negaba a hablar, pero, después, unos soldados que habían sido sus paisanos del Beni lo reconocieron y discutieron fuerte. Le dispararon en el brazo y al caer la noche lo remataron.

Vargas Salinas, en su libro *El Che, mito y realidad de Bolivia* (La Paz, 1989) no menciona el caso de Maymura, simplemente lo incluye en la lista de caídos.

— ¿Qué pasó después?

— Me obligaron a identificar los cadáveres de mis compañeros. Me llevaron hasta Vallegrande, gran parte del camino a pie, con el brazo que no estaba herido amarrado a la cintura. Vinieron largos interrogatorios, de oficiales bolivianos y agentes de la CIA, que se turnaban en el papel del bueno y del malo. Después el juicio de Camiri. Tres años de prisión, hasta que me pusieron en libertad una semana después de Debray; fui el último en salir.

— ¿Y cómo ha sido su vida todos estos años?

— Cuando salí se vivía la efervescencia revolucionaria del gobierno de Torres, quise incorporarme al ELN, había un poco de desconfianza, me dieron a cumplir algunas tareas. Vino el gobierno de Banzer, tuve que vivir oculto, con la ayuda de amigos que no faltan. En septiembre de 1972 caí preso, me tuvieron más de un año incomunicado y en el 74 recibí asilo político en Venezuela, donde he vivido hasta que volví cuando subió

el gobierno de la Unidad Democrática y Popular (UDP). Me dieron un trabajo eventual en la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL), de donde tres años después fui relocalizado, junto con casi todos los mineros. Desde entonces vivo con trabajos ocasionales, batiéndome como pueda...

— ¿Cuál es su balance, valió la pena haber estado en la guerrilla?

— Aprendí mucho, me desarrollé en todo sentido, comprendiendo los valores revolucionarios. Fueron muchos meses de vivir en constante riesgo, bajo las difíciles condiciones del monte. Pasé crisis tremendas, tanto en lo físico como de ánimo. Considero que estaba en proceso de integrarme a la guerrilla. El mundo en que vivimos ahora está peor que antes, vivo con la angustia de no poder hacer nada por cambiar las cosas.

¿Hay convicción en estas frases? José Castillo Chávez rehuyó muchas veces esta entrevista conmigo, aunque es obvio que tenía mucho que contar sobre los meses dramáticos que deambuló con la retaguardia del *Che*, hasta su aniquilamiento el 31 de agosto de 1967.

Cuando estaba preso escribió una declaración-confesión que el general Arnaldo Saucedo reprodujo en su libro *No disparen... soy el Che*. Es el relato minucioso de su vida y de las peripecias de la retaguardia guerrillera. Son vivencias y aventuras que sólo él puede contar. Pero también muestran a un hombre quebrado, que repudia a sus jefes y compañeros, y reniega de sus ideales. Son palabras de un hombre que ha perdido la dignidad (al escucharlo por la radio el *Che*, escribió en su diario, el

7 de septiembre, que habría que hacer un escarmiento con él). En esos momentos, mediante la tortura física y la presión psicológica, le arrancaron opiniones muy diferentes a cuanto dijo después sobre la guerrilla. Pero esa declaración escrita es rica en detalles narrativos pues la memoria estaba todavía muy fresca. Quitándole las huellas que le imprimieron los interrogadores, pudo ser la base del libro que Paco quería escribir.

Nunca pudo hacerlo. Agobiado por las necesidades, la pobreza y la enfermedad, falleció en marzo de 2008.

¿TENÍA EL *CHE* UNA PROPUESTA PARA BOLIVIA?

El mismo día de su arribo al río Ñacahuasú el *Che* inició sus anotaciones diarias con la conocida frase: “Hoy comienza una nueva etapa”. Había llegado clandestinamente y, luego de hospedarse dos noches en el Hotel Copacabana de La Paz, emprendió viaje en *jeep* hasta la región de Lagunillas, en el sudeste boliviano.

Dejaba atrás otras etapas de su vida trashumante de revolucionario: su frustrada incursión en el África (Congo), que a su vez había terminado con la fase de su fulgurante presencia en la revolución cubana.

¿Cuál era entonces la “nueva etapa” que iniciaba el 7 de noviembre de 1966?

Su preocupación inicial de incorporar reclutas peruanos y argentinos parece indicar que su proyecto era continental. Combatientes entrenados y fogueados en la guerrilla boliviana regresarían a luchar en sus países y, quién sabe, él mismo retornaría a su Argentina natal, un ambicioso sueño que nunca abandonó. Pero, en tanto la lucha se desarrollara en Bolivia, era ineludible una propuesta que la justificara, aunque este país pudiera ser el último en liberarse, dadas sus condiciones de encierro geográfico, como él mismo lo insinuó.

Dicha propuesta de programa, más o menos explícita, no se encuentra en la documentación más conocida de la presencia del *Che* en Bolivia. No está en su célebre diario, pues éste es una crónica minuciosa del accionar

cotidiano de la guerrilla. No aparece tampoco en los comunicados públicos numerados del 1 al 5, que son más bien partes de guerra, excepto en alguna medida el N^o, 5 dirigido a los mineros. Menos en las comunicaciones cursadas entre La Habana y La Paz o en las “Instrucciones a los cuadros destinados al trabajo urbano”.

En abril de 1998, el ya desaparecido periódico bilingüe paceño *Bolivian Times* dio a conocer por primera vez un documento manuscrito contenido en una pequeña libreta que el general retirado Jaime Niño de Guzmán, piloto del helicóptero que operó en la campaña antiguerrillera, dijo que el *Che* le había entregado luego de su captura.

El *Bolivian Times* no publicó el facsímil completo, solamente dos páginas de la libreta, que además llevan la interferencia de los dedos del ex militar y de una fotografía del cadáver del *Che*. Eso hace imposible verificar si la transcripción no incurre en errores, dada la reconocida dificultad de leer la “letra de médico” del *Che*.

Pero, hasta donde puede apreciarse, tanto por la forma como por el contenido y las circunstancias, se trata de un documento de un significativo valor histórico. Por primera vez se conoció el esbozo de un planteamiento programático de la guerrilla de Ñacahuasú, y nada menos que de puño y letra de su principal exponente.

No es una “última” proclama del *Che*, como la presentó *Bolivian Times*, sino más bien un primer borrador que ni siquiera alcanzó a terminar de escribir y menos siquiera intentó publicar.

Se advierte desde la primera línea que su redacción es anterior al desencadenamiento de las acciones armadas el 23 de marzo de 1967, pues el *Che* deja en blanco el nombre de su grupo armado. Como se sabe, fue el 25 de marzo, inmediatamente después de ese primer choque, que bautizó a su columna con el nombre de Ejército de Liberación Nacional de Bolivia. En su primera parte, el documento intenta justificar el alzamiento armado con las siguientes palabras:

Pueblo de Bolivia; Pueblos de América:

Nosotros, los integrantes del [...] hacemos oír nuestra voz por vez primera. Queremos hacer llegar a todos los ámbitos de este continente el eco de nuestro grito de rebelión.

Nos levantamos hoy, agotadas todas las posibilidades de lucha pacífica, para mostrar con nuestro ejemplo el camino a seguir. Conocemos al enemigo interno y externo; conocemos las enormes fuerzas que puede poner el imperialismo norteamericano al servicio de la reacción local. Sabemos medir el peligro y la magnitud de la empresa; nuestra actitud no es hija de la impremeditación o de la superficialidad; nuestras vidas serán testigos de la seriedad de la lucha emprendida; la que sólo acabará con la victoria o la muerte.

No tenemos dudas sobre el apoyo que juntará nuestro pueblo, pero nuestra situación de país mediterráneo rodeado de gobiernos reacciona-

rios, hostiles a nuestra causa, nos impele a reclamar, desde el momento mismo de iniciada la lucha, la solidaridad efectiva de todos los hombres y mujeres honestos de este continente.

El documento tiene un claro contenido programático cuando propone la total independencia de Bolivia, la ruptura del posible cerco imperialista con el apoyo a los revolucionarios de países vecinos en la toma del poder, el dominio de los medios de producción, las nacionalizaciones, y el apoyo combatiente de obreros y campesinos en la creación de una nueva sociedad. Esto es lo que dice:

Nuestra causa está sintetizada en estas simples afirmaciones programáticas:

1° Luchamos para asegurar la total independencia de Bolivia.

2° Esa independencia no se puede lograr sin el concurso de países amigos que nos brinden la posibilidad de romper el cerco imperialista. Por tanto, al tiempo que demandamos su solidaridad, ofrecemos la nuestra a todo movimiento auténticamente revolucionario que se proponga tomar el poder político en los países vecinos.

3° Condición inexcusable e indispensable a una auténtica soberanía es tener dominio sobre los medios de producción. Por tanto, nos

proponemos la nacionalización de toda propiedad imperialista, así como la gran industria nacional, ligada al monopolio extranjero, como paso previo a la construcción de una sociedad nueva.

4° Esa sociedad no puede crearse sin el apoyo combatiente de campesinos y obreros a los que llamamos a incorporarse a la lucha bajo las siguientes consignas:

Aquí, en la parte de lo que el *Che* llama “consignas”, es donde hay notables elementos propositivos, y de cierta trascendencia para la actualidad, como la participación de los núcleos étnicos en los niveles de poder, de obreros y campesinos en la planificación, y el desarrollo de las comunicaciones para fortalecer la unidad interna de Bolivia.

- a) Democratización de la vida del país con participación activa de los núcleos étnicos más importantes en las grandes decisiones de gobierno.
- b) Culturización y tecnificación del pueblo boliviano utilizando en la primera etapa las lenguas vernáculas.
- c) Desarrollo de la sociedad que libere a nuestro pueblo de flagelos ya liquidados en países avanzados.
- d) Participación de obreros y campesinos en las tareas de planificación de la nueva economía con el derecho de auténticos propietarios

de los medios de producción — tierra y fábricas fundamentalmente.

e) Formulación de un programa de desarrollo que comprenda el aprovechamiento de nuestras riquezas minerales y de la fertilidad, y extensión de nuestro suelo.

j) Desarrollo de las comunicaciones que permitan hacer de Bolivia un gran país unido y no un gigante fragmentado; con sus departamentos y provincias extraños entre sí.

En el punto quinto y final de este borrador de documento programático se reitera la conocida posición del *Che* de que no era sostenible un triunfo revolucionario en Bolivia, aun tomando el poder en el país, sin la desaparición del sistema imperialista, una forma de reafirmar su enfoque continental de la lucha:

5°) Sabemos, por la amarga experiencia de pueblos hermanos del mundo, y por la nuestra, que no podremos encarar con tranquilidad esta magna tarea (aunque logremos tomar el poder en nuestro país) mientras el enemigo imperialista no desaparezca, como sistema social, de la faz de la tierra. Por tanto, nos declaramos irrefutiblemente anti imperialistas, ofrecemos nuestra pequeña dosis de valor y sacrificio al gran arsenal de los pueblos del mundo infiltrados empeñados en esta pugna lucha a muerte.

Victoria o muerte

Cerca del medio siglo de su caída, este documento nos recuerda que la fortaleza del *Che* no era sólo ni tanto militar, sino esencialmente política y moral. Esa es la cualidad de sus propuestas programáticas sobre Bolivia. No tuvo ni el tiempo ni las condiciones para desarrollarlas en su accidentada y breve estancia terminal en este suelo. Sólo quedan como atisbos de un lineamiento político de enorme actualidad, digno de ser analizado a la luz de las profundas transformaciones que vive Bolivia desde el año 2006 con la llegada de Evo Morales al poder.

EL *CHE* EN LOS TIEMPOS DEL MUNDO

Los personajes históricos son tales, precisamente porque, de un modo u otro, encarnan el espíritu de una época y por eso mismo trascienden en el tiempo. Ernesto Guevara de la Serna, el *Che*, es uno de ellos. Nació en Argentina, deambuló por varios países sudamericanos, alcanzó sus mayores glorias en Cuba y su muerte trágica en Bolivia contribuyó a transformarlo en un protagonista esencial del siglo XX.

El 23 de marzo de 1967, al producirse la primera emboscada sobre el río Ñacahuasú, se inició el conflicto armado entre el grupo guerrillero y el ejército boliviano.

Los efectivos del *Che* no llegaban al medio centenar (23 bolivianos, 16 cubanos, 3 peruanos y dos nacidos en Argentina, él y Tania), sin contar 2 “visitantes”, 4 dados de baja y 2 desertores. Con todo, entre marzo y octubre, el balance le era en apariencia favorable. En total la guerrilla le hizo 49 bajas al ejército, un número similar de heridos y numerosos prisioneros. Le capturó una cantidad apreciable de armas y vituallas. Además, el 6 de julio tomó espectacularmente la población de Samaipata, sobre la carretera Cochabamba-Santa Cruz.

Sin embargo, sus acciones fueron aisladas y solitarias de principio a fin y ni siquiera se supo a ciencia cierta que el *Che* las comandaba. Tenía sólo las bastante difusas simpatías de los partidos de izquierda y de los sectores sociales potencialmente aliados como los mi-

Guevara, historias
neros, quienes, entretanto, sufrieron una brutal acción preventiva que se la recuerda como la “Masacre de San Juan” (24 de junio). Su retaguardia había sido eliminada en una emboscada el 31 de agosto y el 26 de septiembre cayeron tres miembros aguerridos de su vanguardia. A comienzos de octubre, en medio de un gran cerco de miles de soldados, vivía ya una situación desesperada. En tales condiciones, y con sólo los 17 hombres que le quedaban, fue obligado a dar batalla en la quebrada de El Churo.

El domingo 8 de octubre, después de mediodía, herido en la pantorrilla derecha y con su arma inutilizada, el *Che* fue capturado por una escuadra de soldados *rangers* recién entrenados por instructores estadounidenses. Junto a él estaba Willy, minero boliviano de nombre Simeón Cuba. Conducidos hasta la pequeña población de La Higuera, ambos fueron ejecutados “por orden superior” al día siguiente, 9 de octubre, en la escuelita donde habían sido encerrados, al igual que un tercer guerrillero, posiblemente Chino, capturado en el rastillaje de esa mañana.

Estos sucesos impactaron profundamente a la sociedad boliviana y tuvieron la virtud de colocar al país en el escaparate internacional como raras veces había ocurrido antes. Extensos grupos sociales, particularmente las jóvenes generaciones, los sindicatos de trabajadores y grupos religiosos, asumieron posiciones políticas radicales, se convirtieron en fervientes admiradores del gesto heroico del *Che* y sus hombres. Un puñado de combatientes, desde Bolivia, en el corazón mismo del conti-

nente, pretendió sin éxito cambiar el rumbo de la historia latinoamericana y mundial. Y esto no podía dejar de marcar una profunda huella. Incluso los militares bolivianos, sin admitirlo expresamente, se dejaron arrastrar por esa corriente pues entre 1969 y 1971 impulsaron nacionalizaciones y otras medidas consideradas patrióticas y antiimperialistas.

Pero Bolivia no es una isla. ¿Cuáles eran entonces los procesos que dominaban el escenario mundial?

En primer lugar, Vietnam. Una contienda que envileció a la superpotencia del norte y demostró una vez más que el derroche de poderío militar y económico no es suficiente para ganar una guerra. El conflicto venía de la década anterior, desde que Estados Unidos sustituyó a las derrotadas tropas coloniales francesas. Pero, a mediados de los años 60, la intervención norteamericana en el sudeste asiático asumió contornos gigantescos; de 23 mil soldados en 1964, subió vertiginosamente hasta más de medio millón en 1968. Los combates frontales entre los marines y fuerzas guerrilleras vietnamitas empezaron precisamente en ese período y no cesaron hasta la derrota militar final de Estados Unidos en abril de 1975. Y también los bombardeos inmisericordes a las ciudades y poblaciones del norte.

Todo esto ocurría con el telón de fondo de la guerra fría.

La Unión Soviética, la otra superpotencia, apoyaba a Vietnam al igual que China, pero sin llegar a comprometer el precario equilibrio atómico existente. En su famoso Mensaje a la Tricontinental publicado en

abril de 1967 (escrito antes de su partida a Bolivia) el *Che* comparaba la solidaridad del mundo progresista hacia Vietnam con el estímulo verbal que la plebe brindaba a los gladiadores romanos... El lema del mensaje era inequívoco: “Crear dos, tres, muchos Vietnam...” Y eso fue exactamente lo que intentó hacer en Bolivia. Coherente entre lo que pensaba y lo que hacía, aunque quijotesco, como él se percibió a sí mismo.

Luego, en 1968 surgió el Mayo francés con sus extendidas repercusiones. Promovido por los estudiantes fue asumido en sus momentos de auge por millones de obreros. Este movimiento se caracterizó por la audacia creativa de su propuesta intelectual, orientada a romper los conceptos y esquemas dominantes. Los enmohecidos armazones ideológicos e institucionales reinantes, tanto los de derecha como los de izquierda, fueron puestos patas para arriba por el viento huracanado de la rebelión. Las consignas “Todo es posible”, “La imaginación al poder”, “Prohibido prohibir” junto a retratos del viejo Marx, de Lenin, Trotsky, Mao, Ho Chi Min, Fidel Castro y *Che* Guevara dieron la tónica de aquellos momentos. Lazos muy sutiles hilvanaban situaciones, hechos y personajes. Uno de los focos del levantamiento fue la Universidad de Nanterre, donde los estudiantes habían bautizado su anfiteatro con el nombre de *Che* Guevara, muerto en Bolivia meses antes. La chispa que encendió el levantamiento insurreccional fue la represión a los directivos de un comité universitario de apoyo a Vietnam.

Al influjo de estos hechos y del recurrente impulso cubano se expandieron en varios países latinoa-

americanos proyectos armados, animados especialmente por jóvenes. Cundió una ola de inclinación al sacrificio, respondida con el aplastante genocidio aplicado por las dictaduras militares fomentadas desde Washington, incluida la de Banzer en Bolivia (1971-1978) y el subsecuente establecimiento de los modelos neoliberales.

Aparentemente erradicadas a sangre y fuego y para siempre las utopías transformadoras, la tibia recuperación de las libertades democráticas pasaba a ser el único objetivo programático alcanzable.

Pero, al ingresar a un nuevo milenio, bajo condiciones locales, regionales y mundiales muy distintas a las que existían en los años 60 y 70, reaparecen los vientos de cambio. Una nueva generación entra en escena y sus propuestas, aunque tienen matices propios y no repiten aquellas experiencias que resultaron fallidas en el pasado, de algún modo están emparentadas con el ideario esencial de aquellos años. Y la imagen simbólica del *Che* reaparece en el trasfondo.

En Bolivia, el primer indígena que llega a la presidencia, en su discurso de posesión del 22 de enero de 2006, menciona al *Che* como uno de los precursores, coloca un inmenso retrato suyo en el Palacio de Gobierno y lo homenaja en las conmemoraciones del aniversario 40 de su asesinato.

Es probable que Evo Morales Ayma jamás se hubiera enterado que en un casi desconocido borrador de proclama redactada en Ñacahuasú, el *Che* había escrito como una consigna movilizadora: "Democratización de la vida del país con participación activa de los núcleos étnicos

Guevara, historias más importantes en las grandes decisiones de gobierno". El tema aparece junto a culturización y tecnificación en lenguas vernáculas, liquidación de flagelos ya eliminados en otros países, participación de obreros y campesinos en la planificación, aprovechamiento de riquezas minerales y la fertilidad del suelo, y desarrollo de las comunicaciones "para hacer de Bolivia un gran país unido y no un gigante fragmentado, con sus departamentos y provincias extraños entre sí". Es muy posible también que el propio *Che* haya brindado escasa atención a la propuesta programática para Bolivia, empeñado como estaba primero en un plan de alcance continental cuyo pivote era su retorno combatiente a la Argentina. Y, después, por estar dedicado tan sólo a la sobrevivencia de su escuálida y famélica, pero valiente, legión.

¿Cuáles son, entonces, los hilos que relacionan un proyecto de lucha armada sin respaldo popular como el de 1967 y los movimientos sociales campesino-indígenas que se enmarcan en los procedimientos democráticos y triunfan en las elecciones de fines del 2005?

En la respuesta están la imagen simbólica del *Che*, un ícono que acompaña la lucha de los pobres, los desheredados y los excluidos en todo el mundo. Y las banderas que dejaron los eventos de los años 60 y 70, el humanismo renacido, el ecologismo visionario, la democracia radical, la inalcanzada equidad social y el anhelado respeto entre pueblos y naciones.

Mutatis mutandis, los antiguos lemas de Libertad, Fraternidad e Igualdad, despojados de sus ataduras exclusivamente liberales, volvieron a cobrar vigencia.

CARLOS SORIA GALVARRO

(Cochabamba, Bolivia, 1944).

Periodista investigador, escritor y docente universitario. Ha ejercido funciones en radio, prensa y televisión. Redactor-reportero en *radio 21 de diciembre* de Catavi. Jefe de Prensa de radio *La voz del minero* de Siglo XX. Jefe de Prensa de *radio Continental* de La Paz. Director de noticias y gerente de producción y programación de *Canal 7 Televisión Boliviana*. Corresponsal de *O'Diario* de Portugal. Corrector de estilo y coordinador de edición de *El Periódico*, México. Jefe de redacción y director del semanario *Unidad*. Jefe de redacción del semanario *Aquí*. Director de *Canal 13 Televisión Universitaria*. Director del Centro de Documentación e Información (CEDOIN). Coordinador del *Portal Enlared* de la Federación de Asociaciones Municipales.

Director del Programa de Apoyo a la Democracia Municipal (Padem). Fue detenido durante el golpe militar del 17 de julio de 1980, confinado a la zona amazónica y luego expulsado de Bolivia; recibió asilo político en México, donde residió cerca de un año.

Obtuvo una mención en el Concurso Latinoamericano de Periodismo *José Martí* (1986), por la entrevista al criminal de guerra nazi Klaus Barbie, publicada en el diario *Opinión* de Cochabamba, con el nombre de Reportaje a la entrada del presidio. Recibió en 1998 la Medalla *Franz Tamayo* al mérito profesional y la creación intelectual, de la Asociación de Periodistas de La Paz.

Fue docente de periodismo en las carreras de Comunicación Social de la Universidad Técnica de Oruro (UTO) y de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA), entre 1986 y 2002. Dicta conferencias y colabora en revistas y periódicos. Algunos de sus libros son:

Ensayo histórico: *Con la revolución en las venas. Los mineros de Siglo XX en la resistencia antifascista* (1980); *¡Vista al mar! Testimonios sobre el 17 de julio de 1980* (1982); *Barbie-Altmann: de la GESTAPO a la CIA* (1986); *El Che en Bolivia* (5 v. 1992-1996); *Campaña del Che en Bolivia* (1997); *Coati 1972: relatos de una fuga* (1997); *Contextos y Recuentos* (2002).

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en
el mes de febrero del año 2016.

Distribución gratuita.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.